

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudio sobre la preponderancia y decadencia del poderío español.
—A la fe (poesía).—Estudios históricos: Alfonso V, el Noble (conclusion).—Plegaria á la Virgen (poesía).—Historia natural: el lenguaje de los animales.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas.—Explicacion del figurin.—Explicacion del pliego de crochet.

ESTUDIO

SOBRE LA PREPONDERANCIA Y DECADENCIA DEL PODERÍO ESPAÑOL.

El siglo XVI es, á no dudar, el punto de partida del movimiento intelectual y político, regenerador de la Europa moderna; al terminar el siglo XV, la situación moral y material de Europa comienza á dar profundas señales de que la vida y la civilización surgen por las venas de aquel cuerpo, hasta entonces de hierro. Las marcadas tendencias al progreso se deslizaban ya por todas aquellas naciones, que, como los mundos al brotar del caos, brillaban con mas ó menos fulgor, según la fuerza vital que cobraban ó recibían.

El imperio alemán, deslizando del cinturón de hierro con que los descendientes de Carlo-Magno le habían oprimido, pugnaba por arrojar en brazos de señores que, como la Francia, prometían mas franquicias bajo la roja bandera de Borgoña. La Polonia, hasta entonces debilitada por su constitucion anárquica, se levantaba cual nuevo Lázaro para dejar sentir su influencia en las heladas regiones del Norte. Los reinos scandinavos deponían sus espadas y se apresuraban á dirimir sus civiles contiendas ante el ara de la patria comun. Inglaterra restañaba las heridas que la sangrienta guerra de las Rosas habia dejado por huellas en su suelo, y, aunque con débiles esfuerzos, pugnaba por alzarse digna bajo el cetro de Eduardo IV. La Francia, dolorida aun del tormentoso yugo de Luis XI, se ensayaba en las guerras de conquista, como para olvidar sus pasados males. Italia habia llegado al apogeo de su vida artistica, única vida que podia alimentar aquel suelo primaveral; el genio era dueño absoluto de aquella region; el genio, que con sus aureolas de luz parecia querer deslumbrar á la hermosa esclava, cuya vida política, ora surgia de la casa de Francia, ora de la poderosa dinastía aragonesa. Una

gran potencia, la Turquía, se levantaba tambien en las orillas del Bósforo y conmovia á la Europa, amenazando envolverla en un mar de turbantes. Veamos ahora cuál era la potencia niveladora entre el Oriente amenazador y el Occidente amenazado.

España, que despues de una lucha de siete siglos se habia visto al fin constituida con la fusion de Aragon y Castilla, España podia muy bien alzarse como inespugnable baluarte de la Europa cristiana, como el paladin de la civilizacion moderna; España, sí, que era ya una é indivisible, que habia recibido por derechos á Sicilia y Nápoles, por conquista sus posesiones de África y por donativo del genio á la virgen América; España, que á fuerza de luchar se habia hecho guerrera, que á fuerza de conquistar se habia hecho poderosa, y que caminaba á la cabeza de los reinos cristianos.

La riqueza, la ciencia, las artes, estendíanse por el pueblo regenerado, que, alimentado con tales elementos de grandeza, llegó á desarrollarse con una fuerza y vigor superiores á todo cálculo.

Todas las potencias fijaban sus ojos con respeto en tan poderosa nacion; todas ambicionaban su alianza; así vemos que mientras Enrique VII de Inglaterra casaba á su primogénito con una hija de los Reyes Católicos y Christian de Dinamarca se desposaba con otra princesa española, el heredero del mismo Emperador Maximiliano solicitaba en nupcias á doña Juana, mujer al fin de Felipe el Hermoso.

Tal fue el reino que le cupo en herencia á Carlos V. Carlos V, que, á pesar de haber visto sucesivamente rodar bajo su cetro cien preciosos joyeles, engarzados todos en su deslumbrante diadema, suspiraba por aquel imperio que al través de las tinieblas de Alemania veía constantemente, y cuya dignidad electiva consiguió al fin, como si un genio protector se afanase por complacer siempre á aquel monarca, mas poderoso que el mismo Carlo-Magno.

Mucho debia de pesar aquella diadema de mundos, cuando su mismo señor no dudó en despojarse de ella á las puertas de un monasterio.

Carlos V, aquel soldado Emperador que habia visto Reyes entre sus prisioneros y condestables entre sus caudillos, al abandonar la púrpura de soberano para vestir el sayal del cenobita, debia com-

prender la fuerza y vigor de los hombros tan pesada y á la vez fascinadora carga; y así fue, porque si el veneedor de Roma y Pavia asombra con sus conquistas, no menos admiracion inspira su austero y político heredero D. Felipe II, apellidado *El Prudente* por sus apologistas, *El demonio del Mediodía* por sus enemigos.

La unidad política de España habia quedado efectuada bajo el reinado de Fernando é Isabel; no así la union y fusion de los derechos populares y de los privilegios aristocráticos. El egoismo real tenia que pugnar por el quebrantamiento de aquellos lazos que, si no sujetaban directamente el poder del trono, eran valla de sus derechos. El grito de Villalar fue el eco de agonía que lanzaban las santas tradiciones de un pueblo; mas tarde, el suplicio de Lanuza anunciaba á los restos señoriales que su dominio desaparecia para siempre.

Felipe II, á cuya aparicion el reino se concentra en política para ensancharse en límites; Felipe II, decimos, se irgue en la historia española cual esas pirámides de granito que los primitivos egipcios dejaron en sus arenales como huella de una raza de colosos. Felipe II parece el pedestal creado para sostener la monarquía; pedestal de piedra á quien nada conmueve, porque, á no ser así, la seguridad de la obra que en él descansa, peligraría. Por eso cuando Felipe II se acerca al sepulcro, la monarquía tiembla y se desmorona; por eso cuando tan pesada carga cae sobre los hombros de Felipe III, nos hallamos con un monge coronado que se doblega bajo el terrible cetro que le ahoga; por eso Felipe IV, su heredero, hombre, y nada mas que hombre, Rey que hubiese manejado la espada del soldado, porque era valiente, ó la pluma del poeta, porque tenia ingenio; por eso, decimos, Felipe IV abandona por completo aquel viejo edificio que se le viene encima y que cae al fin, envolviendo entre sus escombros á Carlos el imbécil.

La monarquía española necesitaba titanes que la sostuviesen, y por su desdicha tras de Felipe II no aparecieron mas que dos hombres niños y un niño enfermo.

Esta es la causa principal, sin buscar otra, de la decadencia española; perdido el prestigio, desgarrada

da la púrpura de la que al mundo asombraba, por las mismas naciones extrañas que le habían temido tanto, un cadáver mutilado fue la herencia que llegó á recoger esa nueva dinastía borbónica de brillante porvenir, que desde los jardines de Versalles estendió sus derechos á las orillas del Manzanares. Cadáver galvanizado que dá muestras de vida algunas veces, que se alza á la voz del gran Carlos III para volver á caer, hasta que la mano de la Providencia le toca, y regenerado, brillante, límpido y hermoso, brota con nueva vida, con alientos nuevos, el sol español; en el reinado de la augusta Isabel.

JOAQUÍN TOMEY Y BENEDICTO.

Á LA FE.

¡Nube, que viertes celestial rocío
en el estéril campo de la vida;
destello, que fulgura en el vacío;
cándida flor del cielo descendida;
FE, que pura al espíritu hermosea;
tu influjo celestial bendito sea!

¡En la cuna mi madre idolatrada
en mi ser infundió tu aliento santo;
y hoy que por mi mejilla es resbalada
la lágrima primera de mi llanto,
cual en aquellos días de inocencia,
invoco, FE, tu célica influencia!

¡Desciende, como brisa halagadora,
del alma á suavizar el triste anhelo;
lanza tu luz, estrella brilladora,
de mi esperanza en el inmenso cielo,
y seas para mí sobre este mundo
de consuelo raudal siempre fecundo!

Gérmén de luz, que alumbras la existencia,
de la tierra mostrándonos la escoria,
tú señalas de Dios la omnipotencia,
destellos apilando de su gloria
en ese sol, que esplendoroso brilla
de la celeste esfera maravilla.

¡Tú hablas al corazón, y le señalas
del alto cielo las flotantes nubes,

como si fueran brilladoras alas
de los coros de nítidos querubes,
que alzan á Dios con alabanza ardiente
himno de amor purísimo, luciente!

Al levantar su vuelo el pensamiento,
guiado por tus luces divinales,
admira de los mundos el portento,
que no alcanzan los míseros mortales:
y esa belleza, que á mi alma encanta,
es do descansa Dios su egregia planta.

Si á mis ojos vedada está esa esfera,
con los ojos del alma le contemplo:
que en alas de la FE la gloria viera,
que Dios recibe en su perenne templo,
y unida con los coros celestiales
á Él dirigi mis cantos virginales.

Porque de ti, FE santa, arde en el alma
el sacrosanto, inapagable fuego:
su lumbré celestial me da la calma,
si el dolor arrebatara mi sosiego;
y hoy, que por vez primera vierto llanto,
bendigo con amor tu influjo santo.

¡Bendita, FE sublime, siempre seas!
¡bendito el esplendor con que sencilla
en nuestro corazón ferviente creas
amor al SANTO, que en lo escelso brilla!
¡y bendito el SEÑOR, que diera al mundo
de la FE virginal el bien fecundo!

ISABEL POGGI.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO V. EL NOBLE.

I.

(Conclusion) (1).

Cien mil moros, entre los que se contaban los principales capitanes del ejército, aseguran los cronistas que perecieron en tan terrible jornada.

Así acabó su vida el formidable Almanzor, aquel

(1) Véase el número anterior.

hombre que contaba tantos triunfos como combates libró con sus enemigos.

Aquella firme columna del Corán, que hizo colgar en la gran mezquita de Córdoba, para que sirviesen de lámparas, las campanas del templo de Compostela, traídas allí desde Santiago en hombros de cautivos cristianos.

A su muerte, dice el Tudense, se dejó ver en las márgenes del Guadalquivir un hombre en traje de pastor que llorando gritaba unas veces en árabe y otras en castellano: «*En Calatañazor Almanzor perdió el tambor.*»

Esta célebre victoria es puesta por Rodrigo de Toledo, Lucas de Tuy y algunos otros cronistas en tiempo de D. Bermudo II y en el año 998; pero los escritores árabes colocan esta memorable batalla en el año 392 de la Egira, en el mes de Ramdan, que corresponde al de setiembre de 1002.

De la misma opinión participa Casiri en el tomo II de su *Biblioteca árabe*: por lo tanto, el referido acontecimiento es indudable que tuvo lugar durante la minoría del Rey Alfonso V.

II.

Con la victoria del cerro del Águila y la muerte de su caudillo, los cordobeses perdieron su arrogante preponderancia; y aunque el sucesor de Almanzor, su hijo Abdelmelik, trató de imitarle, la fortuna no le fue propicia, y sus esfuerzos fueron completamente inútiles.

Almanzor encerraba en sí el espíritu, la vida de toda su nación.

Era el alma del Califato, y su muerte fue la señal de la caída de aquel poder inmenso y terrible.

D. Alfonso, llegando á su mayor edad, empuñó el cetro, uniéndose en matrimonio con doña Elvira, hija de su ayo D. Melendo, en pago de los muchos servicios que tan distinguido caballero prestó á la monarquía.

Instalado ya en el trono, y habiéndose desavenido con el conde de Castilla, ajustó paces con los árabes en el año de 1005.

Dice Pelayo de Oviedo en su crónica que el wali de Toledo, Abdallah-ben-Abdelaziz, fue el principal

mediador para este amistoso convenio, moviéndole á ello el amor que sentia hacia doña Teresa, hermana del monarca cristiano, que se hallaba cautiva en su poder, y con la cual se enlazó con beneplácito de D. Alfonso.

Cuenta la crónica que la noche de las bodas, doña Teresa, á quien contra su voluntad se la habia arrastrado á semejante union, dijo á su impaciente esposo: *Guárdate de tocarme, porque eres un príncipe pagano; y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte.*

Desatendió el musulman la advertencia de la doncella, y bien pronto se sintió acometido de un dolor terrible.

Entonces llamó á sus sirvientes, y mandando que devolviesen á la joven desposada á la corte de su hermano, falleció á los pocos momentos.

Doña Teresa, conducida á Leon, tomó el hábito de religiosa, muriendo en Oviedo en el año de 1039.

El conde de Mora y D. Cristóbal Lozano aseguran que este suceso tuvo lugar en Toledo en un palacio situado en donde ha sido colegio de Santa Catalina.

Nosotros lo único que podemos decir es que en las indicadas casas existe aun la siguiente leyenda árabe colocada encima de la puerta segunda que da paso al patio principal:

«En el nombre de Dios, Abdallah, hijo de Hamed-Muza, tuvo esta casa. Fue despues Rey de Tolaitola, y diósele su suegro en casamiento. Los hermanos de la mujer levantáronle pleito, y venciólos.—Hegira 385.—La casa fue primero de Aben-Ramin, alcaide de Tolaitola.»

III.

Ajustadas las paces, como llevamos dicho, D. Alfonso pudo dedicar toda su atención á los cuidados del reino. Multitud de iglesias y monasterios fueron reparados y fundados de nuevo, concediéndoles franquicias y donaciones.

La ciudad de Leon, convertida casi en escombros por la espada de Almanzor, fue levantada de sus ruinas y repoblada de nuevo, trasladando á ella todos los cuerpos de los Reyes que se hallaban sepultados en diferentes puntos.

En 1012 enconose hasta tal punto la enemistad con el conde de Castilla, que D. Alfonso le despojó de cuantas posesiones tenía en sus Estados, concediéndoselas á sus servidores mas adictos.

Á pesar de estos disturbios, el día 1.º de agosto de 1020 reunió en la iglesia de Santa Maria una de las Asambleas mas notables de aquellos siglos, y en la cual, á semejanza de los famosos Concilios godos, adoptaron importantes medidas, tanto para la marcha política del Estado como para el fomento y la prosperidad del culto religioso.

En aquél Concilio se formó un pequeño Código, especie de reforma del Fuero Juzgo, arreglada á las exigencias de la época, cuya observancia duró por largos años, conociéndose aquel cuerpo de leyes escritas con el título de *Fuero de Leon*.

Así continuó el esclarecido monarca dedicándose á embellecer su corte y á mejorar la suerte de sus pueblos hasta el año de 1026, en que el último califa, Omniada Hixem III, rompió en son de guerra por las fronteras cristianas.

Entonces D. Alfonso ciñose el arnés de batalla, y al frente de sus huestes repasó el Duero, y, penetrando en Portugal, cercó á Viséu, ciudad bien fortificada y guarnecida.

Estrechada la plaza de una manera terrible, y encerrados á lanzadas los defensores dentro de sus muros cuantas veces osaron salir á cruzar sus armas con los sitiadores, se hallaba ya próxima á rendirse, cuando el día 5 de mayo salió D. Alfonso á hacer un reconocimiento acompañado de algunos de sus caballeros.

El día era caluroso, y el Rey montó á caballo sin casco ni coraza, vistiendo solo un traje de seda y una delgada camisa de hilo.

Atento solo á su objeto, y sin cuidarse para nada de su persona, acercose tanto al muro, que un arquero árabe, tendiendo hacia él su arco, le arrancó la vida, hundiéndole su dardo en mitad del pecho.

Un grito de triunfo resonó en los muros de Viséu, y aquel mismo día el ejército cristiano levantó el cerco.

Así murió Alfonso V el Noble, dejando dos hijos, Bermudo y Sancha, á los treinta y tres años de edad y veintitres de reinado.

Su cadáver se sepultó en la iglesia de San Juan de Leon con el epitafio siguiente:

"H. jacet Rex Adefonsus, qui popularit Legionem post destructionem Almanzor, et dedit bonos foros, et fecit Ecclesiam hanc de luto, et latere. Habuit prolia cum saracenis, et interfectus est sagitta apud Viseum in Portugal. Fuit filius Weremundi Ordonii. Obiit Era MLXV. III. Non. Maii."

Treinta años después, los estandartes cristianos volvieron á ondear al frente de los muros de Viséu, y una hueste lucida y numerosa, acaudillada por don Fernando I el Magno, en cuyas sienes se habían reunido las coronas de Castilla y de Leon á causa de su enlace con la hija del desgraciado D. Alfonso, la cercó resuelto á apoderarse de ella.

La suerte vino en su ayuda, la plaza fue entrada á sangre y fuego, y sus defensores pasados á cuchillo ó reducidos á la esclavitud.

Entre los prisioneros se encontraba el matador de D. Alfonso, á quien en castigo de su accion, después de arrancarle los ojos, se le cercenaron las manos y un pie.

De esa manera tan terrible vengó el esposo de Sancha la alevosa muerte dada á su padre.

JULIAN CASTELLANOS.

PLEGARIA Á LA VIRGEN.

¡*María!* ¡de mi pecho
el lamentar deshecho,
que á tus plantas hoy rindo, recibe con piedad!
¡acoge conmovida
mi súplica sentida,
y mi inquietud te torne serena, dulce paz!
¡Escucha el triste canto,
que lleno de quebranto
como holocausto ofrece llagado el corazón!
¡cantar, dulce *María*,
que emite el arpa mia
con el sublime aliento de triste inspiración!

¡Ah! ¡Tú, que eres fecundo
 amparo á quien del mundo
 surcó por la corriente con viento desigual,
 aquí me ves luchando
 con él; y desmayando,
 volver á Ti los ojos, cual náufrago al fanal!

—
 ¡Bramaron impetuosos
 los vientos, y furiosos
 terrible torbellino levantan contra mí;
 y el mar del llanto azota
 la pobre nave rota
 de mi existencia triste, que el puerto busca en Ti!

—
 ¡Será tal vez *María*,
 que nunca el alma mia
 volvió la vista al cielo para mirar tu faz,
 y entre oleaje impuro
 tomó rumbo inseguro
 con luces ¡ay! guiada de humana falsedad!

—
 ¡Sagrada *Virgen* pura!
 bañado de amargura,
 no encuentro de la vida lo hermoso, que soñé;
 y á Ti miro, aunque tarde,
 porque en tus ojos arde
 con luces de esperanza, fanal de amor y fe.

—
 ¡*María!* ¡tus fulgores
 en lánguidos clamores
 te pido, errante en sendas de llantos y dolor:
 pues Dios créote bella,
 de náufragos estrella,
 de las pasiones salva contrito á un pecador!

—
 ¡Sí, sálvame, *María!*
 difunde la alegría
 mientras el mundo surque de mi vida el batel,
 y apártale, *Señora*,
 del ola bramadora,
 que de impiedad los vientos levantan contra él!

—
 Cantando tu pureza,
 tranquilo á ser empieza
 el desigual latido del triste corazón...

¡Feliz el arpa mia,
 si alzar puede algun día
 en tu alabanza cantos del mundo admiración!

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

HISTORIA NATURAL.

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES.

Si se entiende por lenguaje un medio de comunicar con facilidad los pensamientos, es evidente que todo animal que no vive absolutamente solitario debe tener su lenguaje. Si lenguaje quiere decir coleccion de signos articulados, ó mas bien coleccion de articulaciones y de voz, se complica mas la cuestion. Sin embargo, pueden servir para resolverla las siguientes observaciones esenciales: 1.^a No es necesario tener un alfabeto completo para poseer un lenguaje, lo cual es evidente, puesto que muchas naciones tienen letras y pronunciaciones exclusivas, por ejemplo, la *th* inglesa, la *u* francesa, la *f* española, la *thitch* rusa, etc., etc. Luego si á cada pueblo en particular le faltan lo menos treinta articulaciones sin perjuicio de su lenguaje, pueden muy bien los animales carecer de doble número. Basta que se tengan tres ó cuatro para que haya lenguaje. 2.^a Poco importa que las articulaciones ó los sonidos sean producidos por el pulmon ó no; basta que sean orgánicos para que exista lenguaje. 3.^a Por que nosotros no oigamos el ruido, los sonidos ó algo de lo que se necesita para calificar su diferencia, no debe creerse que no existan ó que sean nulas sus diferencias. 4.^a Nada indica que estos elementos de lenguaje que poseen los animales no puedan perfeccionarse algun día, porque se sabe que se perfeccionan, ya por sí mismos ó ya por nuestros cuidados, y es probable que la mejora de ciertos sonidos ó ideas obrase en la del lenguaje.

El hombre mismo, tan ventajosamente dotado por la naturaleza con respecto á voz, no tiene tampoco naturalmente un lenguaje, y quizás en ciertas regiones han pasado siglos antes de tener un mediano alfabeto.

Se cree generalmente, porque se escuchan los gritos de los pájaros desde lejos, y con poca atencion, que producen siempre un mismo sonido, lo cual es un error. Los cuervos, segun ha observado Dupont, producen veinticinco sonidos diferentes. Estos sonidos pueden muy bien servirles para comunicar sus ideas, y ser veinticinco señales para avisarse mutuamente con relacion á sus necesidades.

El perro solo emplea en sus ladridos vocales, y alguna vez, cuando se encoleriza, la *s* y la *z*.

Tambien el gato usa las mismas vocales que el perro, pero añade algunas consonantes, entre las que se marcan con mas evidencia la *m* y la *r*.

Seria imposible que los animales viviesen como viven en sociedad, si no tuviesen medios para entenderse y comunicarse sus ideas. Las hormigas se dan los avisos necesarios cuando se trata de robarles las provisiones. Las golondrinas acuden todas para edificar con prontitud el nido de alguna hembra que va á poner y se ha deshecho por casualidad, y acuden llamadas por la misma hembra, que da gritos lastimeros. Las abejas se ayudan reciprocamente para sacar de la colmena los cadáveres de sus compañeras.

Dice un naturalista, despues de haber descrito la vida social, las transmigraciones y las asambleas deliberativas de las hormigas: «Nada de esto puede hacerse sin tener grandes medios para comunicarse las ideas, sin una lengua abundante y una estensa gramática. No tenemos nosotros la finura de oido suficiente para saber si las hormigas tienen un lenguaje oral; no han sido estas suficientemente disecadas ni vistas con microscopios de bastante fuerza para que sepamos con seguridad que poseen el órgano del oido. Sin embargo, las he visto al sonar un ruido imprevisto, dar, parándose ó huyendo, signos de audicion, aunque tambien puede ser que la sola vibracion del aire haya producido estos efectos de temor sin necesidad de audicion real.»

Los pájaros, como el hombre, tienen ademas del lenguaje hablado, el canto, que no es en la esencia mas que una enérgica acentuacion del discurso, producida, segun algunos naturalistas, por la superabundancia del amor. Los pájaros no podrian sacar tan enorme fuerza de sus débiles músculos sino por un exceso

de vida cuyos elementos dan á su amor una violencia extraordinaria. En casos semejantes no basta amar, sino que es necesario añadir al pensamiento la energía de las entonaciones y del ritmo. Esto ha originado la poesia y hecho músicos á los pájaros.

El gallo habla la lengua de sus gallinas, y despues canta su valor y su gloria. El canario canta su amor y su talento. La alondra macho canta un himno á la belleza de la naturaleza, y despliega todo su vigor cuando hiende los aires y se eleva á los ojos de la hembra que lo admira. La golondrina, todo ternura y afecto, rara vez canta sola, sino en coro con los demas individuos de su familia; su voz tiene poca estension, y, sin embargo, su pequeño concierto es sumamente agradable.

El ruiseñor, el rey de los cantores, tiene tres clases de canto que manifiestan los diferentes estados de su pasion amorosa; y, segun esta, es su voz suplicante y tierna, satisfecha y alegre, ó tranquila y apacible.

Hay, sin embargo, aves que cantan sin dar ningun sentido á su canto, y solo por repetir y reproducir sonidos armoniosos, como sucede á la mayor parte de nuestras damas que cantan música italiana en los conciertos. Tales son el papagayo, que repite las palabras que oye, y el burlon de América, que abusa de la facilidad de su órgano para, atraer los otros pájaros, cuyo canto imita, y despues silba y se burla con sus compañeros en su lenguaje natural.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Ella comprendia bien el martirio de las vírgenes que los Nerones ó Calígulas quemaban en las hogues.

(1) Véase nuestro número anterior.

ras ó echaban á sus fieras para devorárlas, porque estas llamas ó estos suplicios eran las lumbreras del cristianismo que habian de hacer á los gentiles caer de rodillas y recibir en su cabeza el agua de salvacion; pero se hacia cruces al pensar que una mujer quisiese ser dominada, esclavizada por un hombre, y sufrir los tormentos de la ingratitud, de los celos, del desvío á veces, y hasta de la impiedad mas cruel. Tal era la idea que habia concebido del matrimonio, y la asustaba no hallar un San José para su sobrina que tuviese toda la paz evangélica del padre de nuestro Redentor.

Cada vez que veia los ojos de Arturo fijarse en los de su sobrina con mas seducción que amor, con mas deseo que respeto, con mas licencia que virtud, se laceraba su alma, y un presentimiento, hijo de todo corazon leal, la decia: «¡Desgraciada, desgraciada! ¡Ese hombre será el verdugo de su felicidad!»

Esto la hacia no dejar á Julia un instante libre, ni permitir que su amante le dirigiese la menor palabra al oído; pues decia que los secretos de los hombres eran las orugas del corazon, y tambien aseguraba que la virtud se desflora con las conversaciones como con los hechos, y para llevar el corazon virgen no debe una mujer oír mas protestas que las de su esposo.

Estas rancias ideas, que harian reir á todos los polkistas y chicharras de tertulia, tenia sus bases tan bien cimentadas, que si hubiéseis oído á aquella devota mujer os hubiera convencido, aunque hubiese arrostrado el enojo de los pollos imberbes y las niñas de quince años.

Lo cierto es que Arturo, apasionado en un principio mas con los sentidos que con el corazon, pues nunca cruzó por su mente la idea del matrimonio con Julia, al ver la cuerda tirante que sujetaba sus impetuosos amores, se empezó á fastidiar de platonismo, y, pasados algunos meses, aquel volcan que habia estallado como una hoguera, fue apagando sus llamas y convirtiendo en cenizas la ardiente lava que antes ofrecia.

Así como el amor puro y verdadero se aumenta con la privacion y se ciega con el imposible, porque es hijo del espíritu creador, que jamás desmaya ni muere con los rayos de la virtud, así las almas fáci-

les y vulgares corren como las abejas en busca de miel sin espinas, y de felicidad de un dia, que olvidan al siguiente.

Ademas, ¡Arturo habia amado tantas veces! ¡Cómo siendo tan jóven? Preguntádselo al científico Selgas, y os responderá con sonrisa burlona y amarga: *Yo no hay niños.*

Arturo era impetuoso, voluble, vehemente. Detestaba, como *Carlos XII*, la palabra *imposible*.

Su hermosura, su riqueza, su juventud, le hacian vencer donde quiera.

De alma generosa, pero de corazon libertino, recibia impresiones que sabian arrebatar á las mujeres, para hundirlas luego en el caos del desengaño tardío.

Las primeras palabras de amor que él decia á una mujer estaban tan llenas de honradez y verdad, que hasta él mismo se creia iban á ser eternas y sagradas.

La mujer las oía con entusiasmo, con adoracion. ¡Tenia un acento tan dulce y una boca tan hechicera para decirlas!... ¡Desgraciada la que miraba una vez aquellos ojos rasgados, aquella frente coronada de negros cabellos, altanera, valiente y osada! Era uno de esos hombres que han nacido para ofrecer un amor de tormento, y que, sin embargo, todas aman, sufriendo por ellos con abnegacion la corona de las mártires y los dolores horribles del abandono.

El no distinguía de víctimas: todas eran mujeres. El espiritismo de algunas le hacia reir, llamándole sinónimo de *gazmoñería*.

El desafiaba la seriedad y el tesón de la mas virtuosa; pues no habia encontrado ninguna que no sonriera con él y no correspondiese á sus miradas. Él conocia su dominio, como el valiente conoce la cobardía de su enemigo.

La única mujer que habia sido mas fuerte era Julia, y, sin embargo, lo atribuía al constante Argos de su tia y á los resabios de colegio, que, segun él, eran enfadosos repulgos de monja, que le hacian soltar la carcajada siempre que los recordaba.

Por último, declaró á su hermana Elena que estaba cansado de su amiga, que era demasiado serífica y tonta para un hombre de mundo.

Que la tia era un insufrible centinela perpetuo,

proclamando á voces la desconfianza, y la sobrina un héroe por fuerza de la virtud contra la debilidad.

Que aquella sala donde acostumbraban á recibirle para mirar á distancia de seis varas una niña simplona, le parecía un estrado de inquisidores, donde él hacia el papel de bobo y ella el de infame mártir.

Que estaba harto de buscar los ojos de la joven y hallarse con los de la arrugada dueña.

Que no habia cosa mas insufrible que una tia ó una madre recelosa, como pantera que defiende los hijuelos.

Y, en fin, que le gustaba mucho mas correr los azares de una vida de aventuras ruidosas que vivir para amar en silencio una estatua preciosa, sin accion, ni voluntad, ni pensamiento.

En vano fueron los argumentos, ni las poderosas razones de Elena, que aunque lanzada como su hermano en el gran mundo, comprendia el esquisito sentimiento de la mujer, y sobre todo las virtudes ejemplares de su amiga.

Después de disputar mas bien que razonar á cada instante los dos hermanos sobre tan injusta resolución, concluia Arturo diciendo:

—Tu amiga es tonta, hija mia, y pertenece en cuerpo y alma á las rancias beldades del siglo XVIII.

¡Con qué facilidad se juega con el corazón de las mujeres!

¡Cómo se las abandona sin piedad!

V.

Treinta dias como treinta años.

Treinta horas son para el hombre libertino treinta minutos.

Cada amor un recreo.

Cada lágrima de mujer una sonrisa de incredulidad.

Cada recuerdo un gesto de indiferencia.

Cada esperanza de conquista un goce.

Cada juramento una profanacion.

Cada protesta una mentira.

¡Pobres mujeres, que formais vuestra historia de llanto con lo que es en la vida del hombre un gracioso episodio, una aventura mas que contar, un halago mas para la memoria y un nuevo mérito para vuestra carrera de conquistas!

¡Vosotros, hombres sin corazón, que no valeis una sola lágrima de la mujer que abandonásteis, sois los que arrancais los manantiales del alma!

¡Vosotros, á quienes debieran las flores negar su perfume, y su frescura el aire, y sus rayos el sol, sois los que agostais las florestas del espíritu, las auras de los primeros años, la luz de la razón y los encantos de la fantasía!

Para un momento que pertenezca vuestro amor á la mujer, ella os pertenece para siempre.

Os llevais sus galas, su alegría, su esperanza, su felicidad.

Si penetráseis en el oratorio de una mujer cuando, hincada de rodillas, se cree sola con Dios y la imagen del hombre que la ha abandonado, comprenderiais que no hay dolor como aquel dolor, que no hay agonía como aquella agonía.

Pero ¿qué entienden de eso los que han nacido para gozar sobre las ruinas de la desgracia?

¿Qué le importa al mundo el dolor de las almas?

¿Qué tiene que ver la sociedad con el sentimiento?

¡Pobre Julia! ¡En vano se asoma al mirador! ¡En vano cree oír pasos por la calle!

Cuantos ruidos escucha, otros tantos le parecen el de su amante que se acerca.

¿Qué horroroso es aguardar!

¿Cómo laten las sienes!

¿Cómo se seca el aliento en la garganta!

¿Cómo se devora y destruye el interior!

¿Cómo se dilatan las pupilas y se agrandan las órbitas de los ojos!

¿Cómo se afina el oído y se ahoga la respiración!

¿Con qué impaciencia golpean los pies el suelo!

¿Con qué desprecio se mira todo cuanto nos rodea!

Quisiéramos enmudecer todos los sonidos del universo, y que solo unos pasos y una voz se pudieran percibir.

Á cada momento brilla una sonrisa de esperanza, á la cual responde el eco dolorido que dice: «No era él! No era él!»

Los ojos se cierran, las manos se cruzan, las rodillas tiemblan, y el desaliento hace inclinar la cabeza.

¡No era él! Hace muchos días que Julia pronuncia estas sílabas negativas y que el eco las responde á lo lejos como una sentencia de muerte.

¡No era él! Ya hace muchos días que no sabe decir otras palabras. ¿Qué le importa á ella lo demás?

Ella, tan caritativa, tan generosa, tan buena, vería indiferente todas las desgracias del mundo, y solo tendría ojos, oídos y sentimiento para lo que desea escuchar, para lo que anhela oír.

Treinta días para una mujer que aguarda, son treinta años de purgatorio para un pecador, de destierro para un proscrito, de ausencia para una madre, de encierro para un hombre libre, de cadena para un inocente.

Treinta días amando sin esperanza, apurando el dolor del olvido, hacen una anciana de una pobre niña, ó un cadáver de la mas lozana y poderosa existencia.

¡Un mes! ¡Un mes sin ver á Arturo! ¡Si hubiera podido al menos hacerse la ilusion de que estaba enfermo! ¡Si hubiese podido acusarse de haberle hecho alguna ofensa, por la cual no quisiese verla, sufriría menos!... ¡Infeliz!...

La mujer es tan generosa, que cuando la olvida un hombre que ama, siempre desea hallar disculpa á su tirano proceder, siempre quisiera que su conciencia la acusase para seguirle amando y sacrificándose por él.

¡Cuántas veces adora eternamente una mujer la memoria de sus primeros amores, mientras que el hombre no la vuelve á dedicar un pensamiento siquiera de piedad!

¡Insensato! no sabe, no comprende que hay un ángel que vela por él, que ruega á Dios por que sea feliz.

Porque todas las mujeres son devotas y piden hasta por sus enemigos.

¡Desgraciada la que no abrigue estos sentimientos generosos! ¿Qué le restará en el mundo?

¡Tienen acaso otro refugio que la religion las mujeres olvidadas? ¿Pueden ellas acaso quejarse ni suplicar?

El menosprecio del hombre á quien rogase y pidiese amor, seria peor mil veces que su olvido.

Ni aun á Elena quiso Julia revelar lo que abriga-

ba su despedazado corazon, y eso que Elena no dejaba de visitarla, manifestando mas ternura que antes; pero nunca la acompañaba su hermano, cosa que agradaba mucho á doña Inocencia, pero que mataba á su desventurada sobrina.

Ni una queja, ni una palabra salía de aquellos labios que iban perdiendo el carmin, como una flor que se agosta.

Siempre era la misma niña, tierna, obediente, sufrida, angelical, devota, y bella y cariñosa como un ángel.

Elena extrañó sus reticencias, su desconfianza, porque, con esa doble vista de las mujeres, comprendió que sufría, que amaba á su hermano con delirio, y que algo funesto pasaba en su alma.

Nadie la preguntaba en aquella casa por Arturo, y, sin embargo, ella siempre disculpaba su ausencia con mil supuestas ocupaciones, porque la conducta de su hermano hería su sensibilidad y compasion.

Pero Julia tenia demasiado orgullo para arrojarle en los brazos de su amiga, diciéndola: «¡Me muero, y... me muero por él!».

Al contrario, procuraba animarse cuando la veía y correr con ella por el jardin, y manifestar que era dichosa... ¡Como si una mujer pudiera engañar á otra mujer! ¡Desventurada!...

Sus mejillas habian palidecido como dos hojas de rosa; su aliento era fatigoso y entrecortado; se apoyaba con frecuencia en el brazo de su amiga, y se escapaban, por mas que queria sujetarlos, ahogados suspiros de su angustioso pecho.

Á los treinta días de esta lucha, cayó gravemente enferma; pero no una enfermedad lánguida, lenta, sino un ataque horrible, unas convulsiones espantosas.

Á los tres días aquella casa se llenaba de gente: sus cerradas puertas se abrian de par en par.

Los patios se alumbraban con cirios, las habitaciones se adornaban con esmero, en los floreros se ponian las mas olorosas flores; las colchas de damasco y tisú salian del fondo de las antiguas arcas y vestian las paredes de la galería, y la sala, y los dormitorios.

Gran personaje debia esperarse en aquella tran-

quila morada, cuando de este modo se alteraba una paz no interrumpida por espacio de tantos años.

Pero en medio de tanta animacion, los rostros estaban desencajados y sombríos.

Doña Inocencia y sus criados parecían cadáveres. La angustiada señora se oprimía el corazón con ambas manos, porque así creía sujetar el torrente de lágrimas que se desprendía de sus ojos.

La resignacion se queria negar á ser su compañera, por mas que esta la buscaba para asirse de ella, como el náufrago á la tabla de salvacion.

Era un dolor, superior á todos los dolores que habia sufrido; pues como buena cristiana, siempre habia procurado llevar su cruz con facilidad, para que Dios no le acusase algun dia de su poco valor en las adversidades.

Pero aquella prueba era superior á sus fuerzas.

Julia estaba en el último trance de la vida.

El Señor de cielos y tierra iba á venir á visitarla, y en frente de su blanco lecho se habia levantado el altar que debia servir para darle los auxilios divinos.

Una mujer jóven y hermosa, vestida de negro, oraba en él, mientras doña Inocencia, como un cadáver ambulante, daba las disposiciones necesarias.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

El estío nos trae naturalmente los trajes ligeros.

Nuestras reinas del invierno se metamorfosean en vaporosas hadas, bajo la trasparente muselina, el barege, la granadina y la gasa de Chambéry, con la que se confeccionan tan distinguidas creaciones. Algo tiene que poner á prueba la imaginacion de nuestras modistas, la eleccion de los adornos para tan aéreos trajes, y esto nos impulsa á pasar revista sobre los destinados especialmente á los tejidos claros.

Las disposiciones de los trajes de muselina son de por sí mismas tan ricas, que generalmente el dibujo de la tela compone desde luego todo el adorno, en

cuyo caso la cintura es uno de todo punto suficiente.

En los trajes á disposiciones de pasamanería ó de guipures negros, se compone el adorno de una ancha cinta de matiz claro, bien sea á rayas ó á cuadros, anudada por detras á largos cabos flotantes; pero sobre dibujo de color debe ser de guipure negro.

Los trajes de barege se adornan con mas profusion. Para ellos tenemos los siguientes arreglos:

Uno de barege gris mezcilla puede tener en el bajo un volantito colocado en ondulaciones, y sobre el pie de este volante corto un ruche semejante bordeado de una cinta azul aciano: iguales ruches remontan sobre cada costura hasta la cintura, y otros idem guarnecen las sisas y el bajo de las mangas, formando ademas cinco montantes sobre el cuerpo que se despliegan sobre el delantero del talle.

Otro guarnecido en el bajo de un volantito tan alto como el travesaño de la mano, y bordeado de negro: cabos de ruches terminan en ángulos redondeados dispuestos en X de distancia en distancia: igual adorno sigue sobre el lado de encima del alto y bajo de la manga.

Una novedad que va muy bien con los trajes de muselina, es el chal de muselina á disposiciones de colores iguales á los del vestido. Constituye un conjunto de graciosísima sencillez á la par que de encantadora elegancia.

Aunque los trajes de fantasia y los mohairs se acomodan á la necesidad de las disposiciones que preceden, tienen tambien sus adornos especiales. Así sobre un vestido de color maiz á motivos negros se colocan dos volantitos recortados de tafetan negro, dispuestos en ondulaciones. Igual guarnicion describe una vesta sobre el cuerpo, y va á encajonar por detras tres largas puntas que descenden sobre la falda, reproduciendo estos dibujos los pequeños jockeys de las mangas.

El bajo de una falda grosella se guarnece de un ruche de cinta violeta que forma ondulaciones, cuyas estremidades se contornean á manera de anillos, siguiendo estas ondulaciones el borde del traje. La altura y el bajo de las mangas se guarnecen igualmente. Añadiremos á estas descripciones algunos lindos sombreros.

Uno de paja belga adornado de una barba de en-

caje que partiendo de lo interior del ala viene á anudarse sobre el lado para sujetar una rama de rosas blancas. Los cabos de la barba están constelados de conchitas de nácar; bavolet de crespón blanco y encaje negro; bridas de tafetan blanco.

Otro de tul blanco, bullonado y guarnecido de un sembrado de perlas de cristal; sobre el lado, rama de botones de rosas centelleantes de rocío, y agrupada con un echarpe de tul que viene formando bridas en el interior.

Otro de paja fantasía tiene sobre el lado un grupo de amapolas y de margaritas, cuyos botones descienden en largos tróncos sobre el fondo y el bavolet, que es de crespón adornado de vieses en tafetan negro. Las amapolas están tenidas por un lazo de cinta negra.

Los trajes de niños se componen generalmente de simples reducciones; pero no se suelen conseguir con ellas los mismos resultados que con las especialidades que les están destinadas. Designaremos algunos, como recientes modelos que hemos visto en el establecimiento de la Sra. Bueno (Carretas, 39, principal izquierda).

Como traje de campo ó de baños de mar para niña de tres años, una falda de cutí gris, guarnecida sobre el falso con una cinta de lana encarnada cuya anchura es de dos dedos, ilustrada de soutaches negros y de bordado ruso; la cintura es redonda, de la misma cinta. Una camiseta lisa de igual cutí entra en la falda, mantenida por dos tirantes encarnados cruzados sobre el pecho; mangas de codo, y cuello recto de lana encarnada, guarnecido como el resto del traje. En la cabeza casquete Victoria, de paja fantasía; el delantero adornado de un ramo de flores del campo, liado con un terciopelo encarnado que se reúne por detrás á otro ramillete mas pequeño.

Para niño de tres años, falda de piqué maiz guarnecida de un dibujo de soutache negro simulando pasamanería y elevándose en montantes sobre la falda, que, montada á la escocesa, se cierra sobre el lado con nudos de cinta negra. Larga vesta recta hendida en tres puntas por detrás; mangas estrechadas en el bajo, y el todo bordeado de trencilla negra ilustrada de un dibujo igual al de la falda. Toca

de paja guarnecida de terciopelo escocés y de un ala de pájaro blanco.

Para niño de pecho, un vestido de nansouk guarnecido en el bajo de un volantito bordado superado de pliegues, y en medio de ellos un entredós. Cuerpo de punta en el alto y en bajo, con un encajonado de bordados en medio, y de cada lado tirantes guarnecidos del mismo modo; mangas cortas abiertas por encima del brazo. Sombrero de bordes pequeños en paja de Italia, adornado de una pluma azul y de un penacho blanco, retenidos por una col de estrechas cintas blancas.

Por último, recomendamos á nuestras elegantes la última creación de M. Chapron, el pañuelo Lara fantasía, adornado de cruceros y estrellas en valenciennes y sembrado de myosotis. Es una verdadera maravilla.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,107.

Primera figura. Vestido de seda gris lila, moteado de negro y lila mas oscuro. Falda con grandes puntas festoneadas, ribeteadas de un viés color lila y un volante de encaje. Debajo sale un gran volante de tafetan color de pensamiento, formando gruesos pliegues, con ondas grandes en el bajo ribeteadas de terciopelo negro. Cuerpo en forma de fichú con aldeta; va guarnecido con el mismo adorno. Manga estrecha. Sombrero de tul blanco, con cintas de paja de arroz. Grupos de lirios del valle sobre lo alto del ala y en el fondo. Bavolet de blonda blanca.

Segunda figura. Vestido de tafetan azul, falda lisa. Paletot de lana ligera color de tórtola, adornada con bandas de tafetan escocés verde y azul. Sombrero blanco de tul rizado. Sobre el alto del ala, una pluma negra y una garzota blanca. Encaje negro cayendo sobre el fondo. Interiormente dos grandes rosas con simiente negra, entrerizadas de tul.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



V. de P. L. L.

Même impr. 5^e Lrue en St. M. 90 Paris

1107

LES MODES PARISIENNES

